

La masacre. ¿Y después qué?

Un llamado a las ciencias humanas y sociales

Por Michel Wieviorka

París, 8 de enero de 2015

Publicado en : <http://www.fmsch.fr/fr/c/6774>

(Versión en español por Nelson Vallejo-Gómez et Sophia Rodríguez-Pouget)



Nota bene del traductor: *Charlie Hebdo* es un semanario satírico francés de izquierda fundado en 1992. Tomó su nombre de una publicación de igual género que existió entre 1969 y 1981 (primero como *Hara-Kiri* y *Hara-kiri Hebdo*, siendo esta última prohibida su publicación en varias ocasiones). Con sus textos y sobre todo caricaturas mordaces, de carácter provocador, insultante y hasta blasfematorio, si la blasfemia figurase en el código civil francés, lo que no es el caso, tratándose de una república laica, *Charlie Hebdo* consiguió la indignación de musulmanes, judíos y cristianos por igual. La insolencia satírica iba hasta anunciar la muerte del hombre de Estado más importante de Francia en el siglo XX, el General Charles de Gaulle, con una caricatura diciendo “baile trágico en Colombay –un muerto” (nº94, 16/12/1970). Su labor fue motivo de juicios y debates por la libertad de expresión, acusaciones de provocaciones a facciones religiosas y atentados (en 2011, un incendio criminal destruyó la sede del semanario). En la mañana del 7 de enero de 2015 (11:00 GMT+1), dos hombres encapuchados y vestidos de negro, portando fusiles automáticos, irrumpieron en la sede de *Charlie Hebdo* en París (10 rue Nicolas Appert) y mataron a doce personas (dos de ellas policías), e

hirieron a otras cuatro de gravedad. Se cree que la organización terrorista Al-Qaeda en la Península Árabe se adjudicó el ataque contra el semanario satírico francés “como venganza por el honor” del profeta Mahoma, fundador del islam. Al otro día, el 8 de enero, Michel Wieviorka, director general de la FMSH, reunía el personal para saludar el año nuevo. Traducimos en español sus palabras de ánimo y de reflexión frente a un acontecimiento que provocó, el domingo 11 de enero, una marcha de más de 4 millones de personas en todo el territorio francés y la estupefacción en las grandes capitales del mundo occidental. El pueblo francés, de todo origen, clase y confesión, desfiló por el bulevar Voltaire (de la Plaza de la República a la Plaza de la Nación), con motivo de proclamar la inalienabilidad de los valores fundadores de la República francesa –**Liberté, Egalité, Fraternité**–, así como la libertad de prensa y la libertad de expresión en una sociedad democrática.

@ @ @

En vista de los graves acontecimientos que vive el país, dudé en convocar esta ceremonia de celebración del Año Nuevo. Otro día les diré las palabras que tenía previstas y el saludo muy especial para dos grandes figuras, amigos queridos de esta Fundación, que murieron en 2014: [Serge Moscovici](#) y [Ulrich Beck](#).

Ahora, es importante que nos reunamos para no ceder ante el terrorismo y para reafirmar la orientación de las disciplinas que representamos, vocación de esta Fundación, y ayudar a esclarecer el debate público, en un momento invadido por la emoción.

Como todos, estoy horrorizado con la matanza en la sede del semanario *Charlie Hebdo*. También yo “Soy Charlie”. Lo soy como ciudadano y como investigador en ciencias humanas y sociales, por haber estudiado las aristas de estos temas. Así mismo, como responsable de nuestra institución, estoy atento a no dejarme acorralar por la emoción, ni dejar que ella nos enceguezca el sentido crítico. Debemos ser solidarios, lo que no debe impedirnos reflexionar, movilizar nuestras capacidades como investigadores en ciencias humanas y sociales, y poner nuestros análisis al servicio del debate público.

El impacto que suscita todo acto de terrorismo se amplifica aún más cuando las víctimas pertenecen al universo de la prensa. Por un lado, porque los periodistas están implicados en su propio ser, en su labor, y tienen motivaciones adicionales a las de dar cuenta de los hechos y de sus implicaciones, sin hablar de los lazos de amistad o aprecio que puedan tener por quienes estén en la mira del terrorismo. Por otro lado, tocar a la prensa es atentar directamente contra la libertad de expresión, valor central para la democracia, lo que refuerza el sentimiento de poner en entre dicho profundamente la vida en conjunto y el lazo social.

Tratándose de *Charlie Hebdo*, la emoción es aún más vivaz por cuanto el semanario pertenece a la historia política y cultural de Francia desde hace medio siglo. Nacido en 1969, y retomando las banderas de *Hara Kiri Hebdo*, que fue prohibido por el gobierno de Charles de Gaulle, representó las orientaciones libertarias y críticas del orden con las que la generación del 68 se identificó en particular. Yo puedo decir, en lo personal, que una página de mi historia ha sido arrancada brutalmente. Sé que otros, como yo, comparten ese sentimiento.

Muy recientemente, *Charlie Hebdo* suscitó debates, controversias e incluso demandas judiciales por su manera de tratar los temas islámicos, especialmente retomando caricaturas danesas de Mahoma que provocaron escándalos internacionales. Eso no pasa desapercibido. Incluso, quienes podían detestar esa publicación por su irreverente crítica al orden establecido, por sus posiciones netamente antirreligiosas –no solamente frente al Islam–, por su resuelta oposición al partido francés Frente Nacional, comulgaron en el

consenso nacional que denunció la barbarie del 7 de enero de 2015. Es particularmente impresionante ver a todas las religiones en Francia manifestarse aterrorizadas y escandalizadas, así *Charlie Hebdo* hiciera constantemente caricaturas de ellas. No impresiona menos ver hasta qué punto la imagen de la Policía, que fue también brutalmente impactada, está asociada positivamente a la de *Charlie Hebdo*, aun cuando sabemos que el semanario no la respetaba y la ridiculizaba por igual.

Hoy, la unidad de la nación ha sido reivindicada públicamente y debemos alegrarnos.

Mañana, las tensiones que la atraviesan, los conflictos, los debates políticos o sociales retomarán sus puntos de vista y este drama será en sí mismo fuente de nuevas polémicas.

Si los asesinos son, como todo lo indica, resultado de la inmigración, si algo tienen que ver con las crisis de los barrios periféricos, el debate pondrá en tela de juicio las políticas de integración de la población emigrante o las políticas urbanas y sus fracasos.

Pero, ¿a quién acusar? ¿A los partidos de izquierda? ¿A los partidos de derecha? ¿A los dos?

Si el “islamismo” de los asesinos (noción que habría que precisar, por supuesto) se confirma, ¿a quién imputarlo en nuestro territorio? ¿Se le podría asociar a cierto comunitarismo, a sabiendas de que los asesinos actúan fuera de su comunidad religiosa, bien lejos de las mezquitas? Pero, ¿no tienen patrocinadores a través de Internet? ¿Qué decirles a aquellos que acusan al Islam en general? Y el día de mañana, cuando la libertad de expresión es defendida de manera incondicional y consensuada tratándose de *Charlie Heddo*, ¿lo sería tratándose de otros sujetos y otros temas fuera del Islam? Por ejemplo, ¿podría dejarse divagar a Dieudonné (humorista antisemita francés) y a Eric Zemmour (polemista reaccionario francés), cuando sus propósitos no son directamente demandables por la ley?

Los problemas internos de los países y las cuestiones mundiales, globales, chocan entre sí en materia de terrorismo, como sucede con otros fenómenos. Y ahí, también, se esperan álgidos debates: ¿el compromiso de Francia en Medio-Oriente o en África subsahariana, ya no serán objeto de críticas, ni tampoco habrá presiones para influir o hasta para modificar la política internacional del país?

Así pues, un primer grupo de preguntas nos surge cuando intentamos reflexionar sobre lo que está en juego aquí: se trata de toda nuestra vida social y política, en sus dimensiones nacionales e internacionales, que ha sido violentamente impactada, con una característica muy francesa que tenemos que subrayar: más que una sociedad, nuestro país es un Estado. Y hay que decir que, en este caso, el Estado francés da pruebas de responsabilidad y eficacia. Las instituciones, la Policía, la Justicia, el poder ejecutivo dan hoy a los franceses y al mundo entero prueba de cierta solidez. Y por el momento, el terrorismo no les afecta como tal. Con frecuencia, los actos de terrorismo son la oportunidad e incluso el pretexto para implementar medidas que cuestionan la separación de poderes, en detrimento de lo legislativo y lo judicial, y en beneficio del ejecutivo, como se vio en los Estados Unidos con la Ley “Patriot Act”, que se suponía sería una pieza decisiva para la acción antiterrorista, y resultó ser una fuente de debilitamiento de la democracia. Nada sería más inquietante para Francia que eso.

Pero, si el terrorismo es un problema social y político y no solamente institucional y de Estado, entonces la masacre convoca a una acción política. Podemos interrogarnos aquí sobre la capacidad de las fuerzas políticas clásicas, de Izquierda y de Derecha, de poder aportar nuevas respuestas frente a los diversos problemas que no cesan de acumularse

desde hace cuarenta años. Para decirlo de otra manera, se corre el riesgo de que el único ganador político de la masacre sea el Frente nacional.

La matanza del 7 de enero no es un episodio aislado. En vísperas de Navidad, en Dijon, un automovilista, actuando solo atropelló a dos peatones al grito de "Allah Akbar". En Joué-Lés-Tours, un individuo, actuando también solo, apuñaleó a unos policías gritando también "Allah Akbar". Pero, tomemos distancia. Si consideramos el conjunto de actos terroristas de los últimos 15 años a escala planetaria, debemos observar entonces que su espacio se ha complejizado y diversificado considerablemente.

En principio, digamos, con los atentados del 11 de septiembre de 2001, el terrorismo se volvió netamente global, sin fronteras, ilimitado, sin visos locales ni regionales en particulares. Pero, entre más se fragmenta, más se suscribe en espacios limitados, nacionales, golpeando a Londres, Madrid, Bali, Estambul, etc. Se aproxima más a una toma de poder de Estado, o a la constitución de un Estado como aquel que se dice "islámico".

El monopolio de Al-Qaeda se diluye. Aquí y allá surgen diferentes facciones. Y aparece un fenómeno particular con la emergencia de "lobos solitarios", que solos o de a dos, o tres, actúan sin tener necesariamente vínculos con la organización centralizada que sea, y con frecuencia, debiéndole mucho a Internet. El paisaje del terrorismo, hoy por hoy, se ha complejizado, diversificado y Francia parece estar en el centro de diversas lógicas terroristas que van de lo más local a lo más global.

Bajo el choque de lo ocurrido, se espera poco de las ciencias humanas y sociales. Uno quiere sobre todo saber la identidad de los culpables, su trayectoria, los riesgos que surjan de posibles atentados. Pero, las mismas ciencias humanas y sociales son las que deben contribuir a esclarecer el debate público lo más pronto posible, poniendo de lado las ideas erróneas o muy superficiales, que invaden rápidamente el escenario público. Les corresponde a ellas decirnos la verdad sobre la inmigración, los fenómenos de las comunidades, las crisis de los barrios periféricos, el Islam, o la radicalización del terrorismo, como en el reciente libro publicado por nuestra editorial, una obra destacada de Farhad Khosrokhavar, que lleva por título "Radicalización".

Es también entonces a las ciencias humanas y sociales a las que les corresponde analizar y criticar las políticas públicas. /